

Carta blanca para el señor Calvo-Sotelo

TERMINO el debate parlamentario con unos resultados positivos, en apariencia, para el Gobierno. Pero que no se engañen los ministros involucrados. La opinión pública no guardará buen sabor de este debate, como de toda la tristísima historia que lo motivó. Querría saber más. Entre otras cosas —tal como señalé, esta vez con absoluta razón, don Blas Piñar— quiénes se ocultan detrás del anónimo de muchas de las siglas comprometidas en el funesto envenenamiento de, por lo menos, quince mil españoles. Y, ya que la Administración elude toda responsabilidad, saber sobre quiénes deberá recaer el peso de la ley. Hoy por hoy, y de acuerdo con las fórmulas que han sido arbitradas, la indemnización saldrá de las arcas del Estado; es decir, del bolsillo de los contribuyentes, no de los criminales y defraudadores. Si, ahora, las autoridades competentes actúan en consecuencia, es posible que esta dolorosa experiencia sirva para evitar mayores males en el futuro. Lo terriblemente inmoral es que más de ciento veinte víctimas hayan tenido que pagar ya esta lección con un tributo irreparable.

Superado este trance, ahí no terminan los obstáculos para el señor Calvo-Sotelo. Aunque suene a paradoja, sabiendo en qué dramáticas circunstancias fue elevado a la presidencia, tenía para él mayores riesgos enfrentarse con los prohombres de su partido que presentarse al debate ante la oposición. Y así como los líderes extragubernamentales tuvieron, para el presidente del Gobierno, muchos miramientos, parece que algunos jefecillos de UCD estaban dispuestos a recortarle poderes en su obligado intento de salvar la inevitable crisis.

El presidente del Gobierno tuvo la gallardía de hacerlo público en plena Cámara. Con gran economía de palabras, confirmó que pensaba cambiar de equipo. Y que no estaba dispuesto a que este cambio se lo hiciera el partido. Confesión pública oportuna que, sin duda, agradecerán, si no sus partidarios, sí los electores potenciales de UCD y los que se consideran comprendidos en la aún más amplia esfera de la moderación, desconcertados ante el mezquino regateo de los maquinadores de turno. El señor Calvo-Sotelo, por muy solitario que se encuentre en estas horas y por mal que funcione su aparato político, sabe que cuenta todavía con un importante capital de confianza en anchas capas de nuestra sociedad, de la misma forma que su partido pasa actualmente por una crisis de confianza en cuanto a su capacidad de tirar el solo del carro de la Administración. Pretender, en este preciso instante, maniar al presidente y reservarse el derecho de extender patentes de ministro con exclusividad a poseedores del carné del partido, al estilo del liquidado Movimiento, sólo puede producir infinita pena, cuando no efectos risibles. Algunas actitudes dan la impresión de que el señor Calvo-Sotelo hubiera caído, como Gulliver, en el reino de los liliputienses.

Lo que esperan seguramente muchos militantes centristas es que su actual jefe de Gobierno logre convencer al consejo ejecutivo del partido. Que ponga orden y concierto y que consiga revitalizar sus filas, a tiempo para las próximas batallas electorales. Y, por supuesto, lo que esperan muchos españoles, es que don Leopoldo Calvo-Sotelo pueda finalmente reunir un equipo de gobierno propio, a la altura de las circunstancias. Es decir, no en función de pretendidos izquierdismos o derechismos, sino en función de la situación, tal como se presenta hoy en día y del panorama que tenemos por delante, con toda su cruda realidad. Lo que aguardan con impaciencia, hasta cierto punto desesperada, cuantos forman parte de la población activa del mundo del trabajo y de la producción en general, empresarios o asalariados, es que se forme un Gobierno, en torno al partido mayoritario, ya que se debe respeto al juego democrático, pero con el claro objetivo de abrir unas perspectivas económicas que atenuen el rigor de las actuales condiciones de vida. Estamos necesitados de esfuerzos colectivos, no de exclusivismos y, menos aún de nuevas ferias de vanidades.

La seriedad de su gestión de gobierno, con un equipo casi todo él heredado de su antecesor, acreditan a don Leopoldo Calvo-Sotelo para solicitar carta blanca en la confección de un nuevo gabinete y estar autorizado a reclutar los hombres que considere más idóneos y capaces de ofrecer, entre todos, garantías de futuro.

Experiencia personal

CUANDO a uno le estallan dos o tres kilos de goma 2, o de lo que sea, en la puerta de casa, lo lógico es que esté —por lo menos— ligeramente preocupado por el accidente. Los temas más sublimes, de pronto, se minimizan. Y puesto a escribir ahora este artículo, ¿me perdonará el lector si doy preferencia a mi malestar personal? No se trata, desde luego, de un simple desahogo, aunque también lo sea. Pienso, una vez más, en función de «víctima» de la violencia, y pienso, al mismo tiempo, en cualquier otra «víctima» que esté en mi caso o peor. Porque, afortunadamente, como se suele decir en las gacetas, en esta ocasión no hubo «desgracias» irreparables. Algunas sí: pero sólo de «cosas». Yo y mis vecinos, y los amigos que me acompañaban en el momento de la explosión, hemos salido ilesos. Por pura casualidad, sin duda. Los dos artefactos que nos colocaron estaban hábilmente dispuestos para producir algo más que un susto o una intimidación: iban dirigidos a «causar bajas». No fue así, y, repito, por casualidad. Todo quedó en lo que se llama «daños materiales». Y no han sido tan materiales, al fin y al cabo.

Unos «daños materiales» se pueden calcular en pesetas, y, mal que bien, las pesetas pueden salir de los ahorros sudorosos, de la solidaridad amistosa, de alguna improbable indemnización. Pero, ¿y lo demás? Porque también hay «cosas» que no tienen precio, o que no se pueden sustituir. ¿Cómo rehacer a estas alturas un vasto fichero erudito, proyectado de cara a trabajos serenos y tantas horas y tantas lecturas costó de elaborar? ¿Cómo reponer algunos libros difíciles o costosos, para la consulta o como colección, que han quedado destruidos? Y aquel par de litografías de Joan Miró, con dedicatoria autógrafa, que tanto me estimaba, y que están ennegrecidas o rotas, ¿cómo recuperarlas en su significación afectuosa? Y una serie de pinturas y de dibujos que eran pequeño orgullo para las paredes de mi hogar... Y lo más dramático: el desorden de mis pape-

Bombas a domicilio

les, originales, apuntes, copias, que ya no sabré ni podré remediar. ¿«Irreparable» todo eso? También lo es: «materialmente» lo es. Y si los autores del atentado pretendían, como mínimo, fastidiarme, lo han conseguido.

TODO eso, lo comprendo, contado así, deprisa y a vuelapluma, quizá parezca banal. Pero me importan menos los desperfectos de puertas, muros, cristales, muebles. Y no me quejo, ante los trágicos resultados de otras barbaridades similares, en los que la sangre es y ha sido el protagonista. Ya apunté que esta nota era suavemente subjetiva, y no tiene más pretensiones. Me considero vejado en lo más sensible de mi trabajo y de mi condición de intelectual. Si por mera chamba salvé la vida, mi vida ya no será lo mismo que antes. No me retiraré a la Trapa, por supuesto, ni abandonaré el ejercicio de mi oficio crítico o literariamente incisivo. Pero me temo a mí mismo: me temo más escéptico, más desolado, o puede que más «je-m'en-fou-tiste». La opción por una convivencia, incluso tensa y polémica —o tensa y polémica por definición—, que se nos prometía, tiene estos tropiezos. Hay otros más graves. Me limito a hablar del mío. Para los que no tenemos vocación ni profesión de «mártir», la experiencia es diferente. Yo —que recuerde— nunca juré «dar la vida» por nada ni por nadie. De llegar a «mártir», sería involuntario. No es que, a mi edad, la «vida» me entusiasme en exceso, pero me indigna la idea de que «otro» me imponga la muerte, y, en particular, la muerte «antes de tiempo».

Y este modesto mérito no me lo negará nadie: en mi larga obra de escritor, con unos cincuenta libros publicados, y con centenares de artículos en periódicos —llevo más de diez años semanalmente «predicando» en «La Vanguardia», por ejemplo—, un tema repetido hasta la saciedad es la lucha contra el fanatismo. Me califican de «racionalista». Bueno: lo soy hasta donde puedo, como todo racio-

nalista. Es, quizá, una convicción un poco desacreditada, precisamente porque el mundo en que vivimos tiende a las «racionalizaciones» organizativas y técnicas. ¿Es un error? La violencia, que, por serlo, ya es irracional, cunde. El llamado «terrorismo» es una muestra, pero sólo una muestra. Poner un petardo en el domicilio de un «racionalista» ¿es una manera de refutarle? Es, a lo sumo, una tentativa de hacerle callar. ¿Con qué consecuencias? Eso lo dejo a la reflexión de quien me lea. Si eso se convierte en sistema, volveremos al reino del delirio. ¿Qué esto es un criterio «pequeño-burgués»? No digo que no. Los intelectuales ¿qué somos sino los «pequeño-burgueses» más tristes e inermes en una sociedad de clases? Cítenme ustedes uno que no lo sea...

PARA nosotros, probablemente de forma desorbitada, la «libertad» es lo que cuenta: una libertad apacible, de debate de ideas, reducida al papel impreso, y no siempre tolerada por los no-intelectuales con mando en plaza. Esa «libertad de expresión» es utópica, pero la podemos conseguir a plazos y en condiciones módicas. En la práctica, apenas existe. O existe discriminadamente. Más vale eso que nada. Lo peor es cuando quieren ahogarla, desde arriba o desde abajo. La «libertad de expresión» comporta el que se «expresen» estupideces, vilezas, dinamitas verbales. Es un riesgo, y hasta una costumbre. Pero hay que aceptarlo con la premisa de la réplica «razonada» o «razonable». La bomba ya es otra especie de argumento, que, una vez puesto en marcha, nunca se sabe a dónde puede llevar, en sus réplicas y contraréplicas. La violencia engendra violencia: evidente. Mi desventaja frente a los que me han obsequiado con goma-2 es que soy incapaz de matar una mosca. Y mucho menos de quemar un libro. Y ustedes perdonen.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Concurso para realizar impresos de Insalud

Señor Director:

Me gustaría que alguien con autoridad y conocimientos suficientes me aclarase con qué criterio de equidad y justicia ha actuado la Generalitat o persona que en su nombre anuncia la anulación de un concurso para la adquisición de diversos impresos que convocó Insalud. Se ha parado a pensar la Generalitat o esa persona los perjuicios que ha ocasionado su unilateral decisión.

Pues calcule; después de demostrar, como mandan las bases del concurso público, que somos unos industriales que, pese a todo, estamos al corriente de nuestras obligaciones tributarias y a realizar la fianza en metálico o aval bancario que se nos exige, nos pasamos un incalculable montón de horas para efectuar el presupuesto de casi quinientos originales, todos distintos entre sí.

Y yo me pregunto, la persona que ha anulado el concurso, ha pensado quién nos va a resarcir de esas horas perdidas y de los intereses del depósito (los bancos cobran por un aval, a lo mejor lo ignora).

De haberse producido el mencionado concurso se hubiera repartido a unos más y a otros menos y a otros nada, pero nos habría quedado la satisfacción de que nuestro esfuerzo sirvió de algo, pero así, ha sido baldío.

No creo que nadie me aclare nada, señor Director. Pero eso me servirá para convencerme de que antes estábamos centralizados y ahora también, pero pagando más.

UN CONCURSANTE

El primer rey de España

Señor Director:

«La Vanguardia» no llega, evidentemente, a tantos hogares como TVE. Pero llegando a muchos, sería de desear que al menos a éstos les fuera posible rectificar un disparate mayúsculo salido de boca del protagonista de un programa televisado. Rectifiquen, pues quienes esto leyeren, y excepcionalmente mal informados, que el primer monarca hispánico que utilizó el título de «Rey de España» fue Isabel II, coronada reina a sus trece años, en 1843. No podía, pues, ser Rey de España Alfonso X de Castilla-León, cuyo reinado data del siglo XIII, desde 1252 a 1284, cuando la península ibérica estaba dividida en cinco estados: Castilla-León, Cataluña-Aragón, Portugal, Navarra y Granada.

M. PONSETI

Sólo podemos publicar —de forma íntegra o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellido. Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

TVE y el consumo de energía

Sr. Director:

Los nuevos dirigentes de Televisión Española parecen estar empeñados en la reprochable tarea de hacer que consumamos más energía eléctrica, sin ninguna consideración al hecho de que esta energía nos cuesta cada día más cara (aparte del derroche de divisas que supone su importación).

En efecto, no sólo han retrasado la hora de cierre de sus programas, sino que además no siempre respetan dichos horarios, terminando en algunas ocasiones más tarde de la hora anunciada.

En la anterior etapa de TVE se había conseguido un cierto equilibrio en este aspecto, ya que se había logrado que los programas terminasen a horas más razonables, no solamente en teoría sino también en la práctica.

En la nueva programación se han anulado estos logros. ¿Por qué el afán de cambiar las cosas no se emplea en mejorarlas y no en empeorarlas?

Juan MAURÍ GUAL

¿De qué están compuestas las margarinas?

Sr. Director:

Permítame un bravo por el Dr. Jaime Miró, por su carta del 23 de agosto ppdo., en la que nos da una estimable lección de medicina preventiva al poner de manifiesto los peligros de ciertos aceites procedentes de distintas variedades de plantas con índice de ácido erúcido peligroso, y que la Administración no ha tenido en cuenta, puedan ser mezclados con otros aceites de consumo y ser expendidos en el mercado.

Es muy oportuno el alerta que da el Dr. Miró, y yo quiero creer que la Administración tomará buena nota de ello.

Yo también me pregunto, como el doctor, de qué estarán compuestas las margarinas, y hasta ahora este asunto es tabú. Como muchas amas de casa, deseo saber qué es lo que llevo a casa para la alimentación de los míos, aunque algunas veces el descubrirlo me ha producido verdadero estupor, tal es el caso último con una botella de horchata de chufa concentrada, cuyo nombre «Horchata de Chufa» lucía en la etique-

ta de la botella con mayúsculas, mientras que cuando llegué a casa y leí su composición (con gafas, naturalmente), se componía única y exclusivamente de: Azúcar refinado, aromas colorantes autorizados. De chufa nada.

De aquí a comprobar que una bandeja de 400 gramos de lionesas pesa 75 gramos, lo que en pesetas nos cuesta cada día más cara (aparte del derroche de divisas que supone su importación).

Cristina RUIZ

Desnudarse en público

Sr. Director:

Permítame que utilice el espacio de esta magnífica sección para hacer unas indicaciones a don Fernando Llorens Pascual que en fecha 14 de agosto pasado se refería a un muy buen artículo del Sr. Alfonso Balcells Gorina, discrepando del mismo, cosa muy lógica vista su forma de actuar.

Quisiera solamente indicar al Sr. Llorens que él y su familia que según nos dice en su carta «se desnuden en público», que a partir de ahora ya tienen un lugar adecuado para hacerlo (Camping en Castelldefels o Gavà) y no tendrán necesidad de imponer su «desnudo familiar» a los demás. En dicho camping estarán a sus anchas y todos en igualdad de condiciones.

Juan ROLDOS CAMINS

Los túneles del Tibidabo

Señor Director:

Tengo que confesar que soy un amante de Barcelona, es más, no concibo la idea de vivir en otro lugar que no sea esta ciudad, soy además uno de los muchos que se nos pone la carne de gallina al volver de un viaje largo y entrar en la ciudad.

También me gustan los resultados, es decir, quiero y deseo lo mejor para mi ciudad, pero no de palabra sino de hecho. Deseo una Barcelona limpia con unos efectivos servicios de comunicación, una auténtica seguridad ciudadana, etcétera. Por eso cuando observo que se malgastan los presupuestos en cosas que no nos aportan resultados, pierdo la confianza en nuestros dirigentes, en unos y en otros. Hablo de las inversiones en las campañas de publicidad política, dinero utilizado en cambiar las se-

ñales de tráfico a nuestro idioma, etc. Inversiones de imagen, de lucha por el poder, pero no de resultados.

Todo ese dinero se podría utilizar para fines más positivos y para cubrir necesidades reales de esta ciudad, por ejemplo los túneles del Tibidabo. ¿Cuánto tiempo hace que tendrían que estar realizados? Pensemos que con su construcción descongestionáramos la ciudad, muchos ciudadanos se irían a vivir fuera, imaginemos todo el Vallés como una zona residencial tipo Los Angeles o Méjico D.F., dejaría de existir la aglomeración especulativa, mejoraría la vía de comunicaciones, que buena falta nos hace, y la convivencia en nuestra ciudad.

¿Cuándo veremos resultados?

Bing ABEL

El interés efectivo o real

Señor Director:

He venido leyendo con atención varias cartas referente al interés real, no sin llamarme la atención el hecho de que a cada nueva carta se añadiran nuevos conceptos para tratar de establecer el interés «real», lo que me indica que existe cierto desconocimiento del tema.

Ante todo debemos tener claros los conceptos de interés nominal e interés efectivo o real.

A todo lo expuesto en las anteriores cartas debería añadirse, amén del I.G.T.E., lo que considero puede elevar más notablemente el interés real, que son las compensaciones bancarias que se solicitan al cliente que pretende descontar efectos. Estas en ocasiones alcanzan el 30 por ciento o más, estando retribuidas escasamente, produciendo un sobrecosto en el papel descontado.

Los interesados en obtener el interés efectivo o real pueden aplicar la siguiente fórmula que consideran todos los conceptos:

i = interés anual nominal
t = días descontados
c = comisión por operación
c' = I.G.T.E.
P = porcentaje de compensación
iP = porcentaje con que se retribuye la compensación

Interés real = $100 \cdot i \cdot t + 360 \cdot c (100 + c')$ — P · IP t

$100 - \frac{1}{36000} [100 \cdot i \cdot t + 360 \cdot c (100 + c')]] - P \cdot t$

El conocimiento del interés real de nuestras operaciones nos permitirá mejor disposición para negociar con la Banca.

Angel BELDA